



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

DON RAFAEL DE ALCOCER  
ANTE SANTO DOMINGO DE SILOS, 1925

---

ANTONIO LINAGE CONDE  
Universidad de San Pablo, CEU. Madrid

Las obras literarias y artísticas tienen varias lecturas. ¿Infinitas? Digamos que innumerables, inagotables. ¿O habrá ordenador capaz de contabilizar las cifras de las distintas vivencias susceptibles de ser alumbradas por la *Divina Comedia*, el cuadro de *Las Lanzas*, el *Quijote*, el *Requiem* de Mozart? Las obras de ficción creadora y sus personajes. ¿Y los hombres de carne y hueso? Claro está que de los vivos hay muchas imágenes. Cada uno de quienes los conocen la tiene diferente. ¿Ello algo fantástico, desvinculado de la realidad por lo menos? No tanto. Pues la contradicción entre lo que es y lo que se cree o imagina sólo es posible en los datos concretos, no en las visiones de conjunto. Que no hace falta citar a Thomas Mann para estar convencido de que el mundo es complicado y el hombre complejo. Y el animal también, añadimos nosotros. ¿Y de los muertos? Acaso por eso se dice que no lo llegan a estar hasta desaparecer, a su vez, el último de quienes los conocieron. Una opinión que no tiene en cuenta la verdad más nítida de no poder ya nunca dejar de haber sido lo que alguna vez fue, llevando ello ínsitu la subsistencia de alguna manera de lo que ya no es, a fin de cuentas la permanencia del pasado en el presente. Mas no nos desviemos con demasiadas pretensiones ni osemos llegar a lo filosófico. Recapacitemos nada más en que también de los difuntos caben tantas estampas como sujetos de esas vivencias, las suscitadas por su evocación. Cada una de las cuales es por supuesto una realidad. Y de las realidades

que son materia de la historia, aunque adscritas a otra cronología que la del personaje visto póstumamente, indiscutiblemente a la del tiempo de quien la ve.

Así este nuestro santo, Domingo de Silos.

Los milagros son un capítulo de la vida de los santos y de su fama póstuma. Baste el dato de que, sin algún milagro, no es posible su canonización. Capítulo más o menos nutrido pero que, como tal, se escapa a la historia, entrando en el dominio de la fe. Pues la interpretación religiosa de los datos de la realidad de cada evento preternatural, aun siendo pormenorizadamente comprobable, nunca puede llegar a materia historiográfica.

Domingo fue un santo de veras milagroso. Su campo predilecto, la liberación de los cautivos, todo un símbolo de la entraña de la España medieval, entre la convivencia fronteriza y la reconquista. Pero, a diferencia de otros siervos de Dios, su hagiografía, la obra de Grimaldo, fue escrita tempranamente, tanto que todas sus fuentes de información son orales<sup>1</sup>. Por lo tanto no se nos escapan sus anclas en la historia.

En una de las sesiones del parlamento de la República, muy poco antes del estallido de la guerra civil, el jefe de la oposición, José Calvo Sotelo, replicando airadamente a un diputado de la mayoría, hizo una cita de nuestro personaje que, a la luz de los eventos sobrevenidos, acabó resultando trágicamente premonitoria: «Yo digo lo que Santo Domingo de Silos repitió a un rey castellano: —La vida podréis quitarme, pero más no podréis».

Por cierto que había un error en el recuerdo, pues el monarca en cuestión no había sido de Castilla, sino de Navarra. Y si hemos consignado el dato, tan retrospectivo, es para darnos cuenta de que también nuestro santo, en su actuación terrenal y los avatares de su biografía, estuvo mezclado a la urdimbre tejida por las potestades de la época e incluso de la historia evenemencial.

En fin, además de su primera vida, cuenta con bastantes elaboraciones posteriores de su paso por la tierra antes y después, «tuvo suerte con sus biógrafos», ha podido escribir uno de sus estudiosos<sup>2</sup>.

## LA VIDA

La escalera del ayuntamiento de Poitiers está decorada con un mural monumental pintado en 1874 por Pierre Puvis de Chavannes (1824-1898), representando una escena que tiene lugar en un famoso monasterio femenino de la ciudad,

<sup>1</sup> Las escritas diríamos que lo son más bien de su redacción, de ella como género literario, no cual crónica.

<sup>2</sup> T. MORAL: «Diccionario de historia eclesiástica de España» II (1972) 764-6.

la Santa Cruz. En ella aparece Venancio Fortunato, uno de los más famosos y excelsos poetas medievales autores de himnos litúrgicos, recitando uno de ellos, ante una ilustre monja, Radegunda, hija del rey franco Clotario II. Pero si aquí traemos a colación esta obra de arte, muy típica de toda una corriente de su tiempo, no es tanto por su argumento monástico en sí cuanto por la conexión del mismo con una manera de interpretarlo y de verlo, un sentimentalismo romántico relacionado con el simbolismo tan fecundo entonces<sup>3</sup>. En lo que a nosotros dice, una visión de la vida monacal idealizada, pero a propósito de la cual no podemos preterir otro dato, y el relacionado con el propio monacato, ser éste una aspiración ideal también, ni más ni menos que el anticipo de la existencia escatológica, la vida angélica que se ha dicho, un afán de evadirse de la realidad, consecuentemente coincidiendo en ese extremo con los dichos anhelos del romanticismo, que sus pintores de esa guisa expresaban.

Mas la realidad, en la cual los monjes han de vivir, tiene sus exigencias. Y de ahí la paradoja de ese fenómeno, tanto más estridente cuanto precisamente los monasterios y los monjes, cuya razón de ser es el apartamiento del mundo, han ejercido muy a menudo una extensa e intensa influencia social. A la búsqueda de un botón de muestra, cotejemos esa realización artística con un texto doctrinal. Es la última conferencia dada por el monje más famoso del siglo XX, el trapense norteamericano Thomas Merton (1915-1968). La pronunció en Bangkok, en un encuentro entre monjes cristianos y otros, dos horas antes de morir en accidente. Sus últimas palabras fueron:

«Las cuestiones relativas a las conferencias de esta mañana están previstas para la reunión de esta tarde. De manera que ahora, yo voy a eclipsarme...».

Y bien, su tema no podía ser, en el contexto del mundo en torno, más actual entonces, *Marxismo y vida monástica*<sup>4</sup>. O sea una inmersión en la realidad que no podía estar más sólidamente anclada en ella misma, y aquí el dato a contrastar con la evanescencia idealista del pintor francés, pero tanto la una como la otra representativas de sendas facetas, ni más ni menos que de las dos caras de la vocación, el ideal y la existencia monásticos:

«Yo pienso que nosotros debemos instaurar una dialéctica entre el repudio del mundo y la aceptación del mundo. El repudio del mundo por el monje se orienta hacia una aceptación del mundo como abierto al cambio, en otros términos el repudio por el monje del mundo se sitúa en la perspectiva de un cambio<sup>5</sup>».

<sup>3</sup> Los pintores del alma. El simbolismo idealista en Francia (catálogo: Mapfre. Madrid, 2000).

<sup>4</sup> Texto en «Rythmes du Monde» 17 (1969, 1-2) 37-48.

<sup>5</sup> «Mi trasfondo es más concretamente la obra de Herbert Marcuse, pensador muy influyente en los círculos de estudiantes neo-marxistas, y debo añadir, maciza y brutalmente, que le considero como una especie de pensador monástico».

Lo cierto es que esta doble dimensión, la vocación de trascender el mundo, y a la vez el anclaje en él, tan sólido como para asegurar a la larga nada menos que por muchos siglos la pervivencia de su comunidad, se identifica con las coordenadas de la vida de Domingo de Silos.

El santo nació en Cañas, un pueblo de la Rioja, hacia el año 1000. De una familia venida a menos, fue pastor, y sólo gracias al conocimiento que de sus dotes tuvo el obispo diocesano consiguió ser ordenado sacerdote. Notemos este primer estado clerical de vida. De él pasó al de ermitaño en los Montes Distercios. Hasta que, cuando tenía treinta años, trocó la vida solitaria por la comunitaria, profesando en el vecino monasterio de San Millán de la Cogolla. Parece que fue enseguida maestro de novicios, y prior después de un interludio que, por mandato del abad Sancho, pasó en su pueblo natal, dedicado a reconstruir el antiguo priorato de Santa María.

Fijémonos en una característica endémica de aquella tierra de la Rioja durante una buena parte de los días del medievo, el moverse geopolíticamente entre Castilla y Navarra. Y los monasterios, con lo que la paradoja que apuntamos ya nos sale al paso concretamente encarnada, eran piezas de la geopolítica también, claves a veces. Ese fue de siempre, mientras la situación duró, el caso de San Millán. Una situación henchida, salta a la vista, tanto de inconvenientes como de ventajas, en todo caso peligrosa a la larga.

En cuanto a la cronología, recapacitemos en que, viviendo el santo, el año 1029, a la muerte de Sancho el Mayor, había tenido lugar la separación de los dos reinos, el navarro y el castellano. Así las cosas, el rey de Navarra, García, dándosele un bledo, por esa vez, de esas consideraciones geopolíticas que en otras ocasiones indujeron a los soberanos a privilegiar la Cogolla, trató de desamortizar sus tesoros, si preferimos emplear una palabra benévola. La oposición de Domingo determinó su destierro a Burgos, en el reino de Fernando I.

Y con respecto a la situación allí sólo queremos traer a colación un dato. Cuando el año 1076, su hijo y sucesor Alfonso VI confirmó el Fuero de Sepúlveda, que había sido concedido a la villa repoblada por el conde Fernán González ya hacía más de un siglo, mencionó las confirmaciones intermedias anteriores, de todos los sucesores condales y reales de aquel otorgante primero, excepto a su propio padre Fernando. ¿Por qué? Sencillamente porque la repoblación de Sepúlveda parecía haber evolucionado hacia una densidad mínima, implicando ni más ni menos que un retroceso en la geografía humana de la monarquía. De ahí que una confirmación fernandina hubiera resultado inocua, sobre el papel nada más.

Y por eso el interés del monarca en asegurar, no sólo física sino religiosa y culturalmente, la tierra definitivamente incorporada y habitada. Por eso nos ex-

plicamos que fuera él personalmente quien designara al monje exiliado para el abadiato del monasterio de San Sebastián de Silos, muy quebrantado por las incursiones de Almanzor, precisamente. De su gobierno en él, prolongado hasta su muerte, el día 20 de diciembre del año 1073, ya reinante Alfonso, baste la estampa de su claustro, románico sí, pero dotado de un hechizo inefable y singular en el que sentimos confluír las auras poéticas de Oriente y las realizaciones poéticas occidentales. Y no vamos a decir nada de la intensa vinculación a Cluny que entonces se estaba viviendo políticamente en Castilla, cual ningún reino acaso la tuvo nunca con monasterio alguno. Una atmósfera que, aunque no se lo propusiera explícita e inmediatamente, a la fuerza había de dar el espaldarazo a la tardía benedictinización del monacato del país.

#### LA BIOGRAFÍA

Como ya dijimos, Domingo contó con una hagiografía muy temprana. En efecto, la *Vita Dominici Silensis*, obra de un monje francés de Silos, llamado Grimaldo, y nada más de él sabemos, fue escrita en una fecha oscilante entre los años 1088 y 1109<sup>6</sup>. O sea nada más que entre quince y treinta y seis años, según adoptemos una u otra de las hipótesis posibles más extremas en el tiempo, después de la muerte del biografiado. Salta pues a la vista la permanencia de los recuerdos inmediatos, teniendo además en cuenta que el texto se escribió sobre el terreno en el cual se había desarrollado la vida del personaje protagonista.

Para buscar un móvil a la obra no habría que investigar nada. Pues bastaría tratarse de un siervo de Dios que había sido abad del monasterio del autor y además por voluntad expresa del rey. Ello tanto con la mirada hacia adentro, acuñando una de las lecturas espirituales de la comunidad, como hacia afuera, para la población devota y potencialmente benefactora<sup>7</sup>. Más en concreto, pero desde nuestro punto de vista solo complementariamente, volvamos a tener en cuenta la coordenada geopolítica de que dijimos. El editor Valcárcel se lo pregunta: «¿No sería algo querido e inspirado por la alta esfera político-religiosa de León-Castilla, que quería así forjar un santo de proyección nacional, que sustituyera a San Millán, ubicado en una zona poco segura para sus intereses por su estrecha vinculación con Navarra?». Y una curiosidad, todavía uno de los nombres secundarios habituales entre los descendientes de los reyes de España, es Domingo de Silos.

<sup>6</sup> Seguimos la edición de Vitalino Valcárcel (Logroño, 1982). Nos recuerda éste que Antonio Ubieto le había «ofrecido entusiásticamente el tema», desarrollado luego de la mano de Carmen Codoñer y orientado por Manuel Díaz y Díaz. Curiosamente, de uno a otro hito de nuestros ya viejos estudios en la materia, entre Valencia y Salamanca.

<sup>7</sup> La traducción del latín debió estar ya *in mente*, en la del autor queremos decir.

Claro está que en ello tuvo que ver la última etapa de su monasterio, el cual al poco de la muerte del santo trocó por el suyo propio el viejo nombre de San Sebastián, en definitiva el tiempo de nuestro argumento hoy<sup>8</sup>.

Y todavía hemos de meditar en torno a la especialidad milagreira del santo, la liberación de los cautivos. Pongámosla en relación con el dato consignado antes de la otra casi-despoblación de Sepúlveda, la antigua plaza fuerte a la que Fernán González sólo mediante un «salto de tigre»<sup>9</sup> había llegado. O sea que la tierra más septentrional de Silos casi seguía siendo aún fronteriza, y en consecuencia a cual más candente en ella la materia de la cautividad.

Con que del hagiógrafo de la vida al de la posteridad maravillosa. Del cual casi se sabe tan poco como de Grimaldo. En efecto, el narrador de los milagros del santo, Pero Marín, era ya monje de Silos el año 1256, siendo procurador de la casa en 1293. Y eso es todo<sup>10</sup>.

O sea que la cronología es posterior a la de Gonzalo de Berceo, el poeta en una cierta medida excelso «traductor» al castellano de la obra latina de Grimaldo, en su *Vida de santo Domingo de Silos*. Su primer editor crítico, John D. Fitz-Gerald<sup>11</sup> escribió que:

«el poeta sigue casi servilmente el libro de que hace mención»,

o sea el de Grimaldo. Una opinión que ha sido criticada<sup>12</sup>, pero por fijarse más en la elaboración literaria que en el contenido, en la poesía<sup>13</sup> que en la historiografía, en este caso concreto está el argumento de esa<sup>14</sup>. Manuel Alvar insiste en el propósito del autor de edificar inmediatamente a los fieles de su región, por ello una manifestación más de:

<sup>8</sup> Aunque hay que recordar, sobre todo, la índole protectora en los partos de nuestro santo.

<sup>9</sup> Locución de un monje de Silos, Justo Pérez de Urbel.

<sup>10</sup> Los *Miráculos romançados* (ed. de Karl-Heinz Anton; «Studia Silensia» 14; Silos, 1988). En el estudio se limita secamente a tratar los aspectos formales del texto. Nada tiene que ver este Pero Marín con el autor homónimo de los *Sermones* editados por Pedro Cátedra (Salamanca, 1990).

<sup>11</sup> (París, E. Bouillon, 1904).

<sup>12</sup> En su edición, por Teresa Labarta de Chaves (Castalia, Madrid, 1981).

<sup>13</sup> Se atiene a ésta como editor Aldo Ruffinato (en Gonzalo de Berceo: «Obra completa». Clásicos Castellanos, nueva serie, Madrid-Logroño, 1992; 251-453. Un estudio más extenso en su publicación anterior de la misma en volumen aparte, Logroño, 1978; autor también de *La lingua di Berceo*; Pisa, 1974. Para la tradición manuscrita, el estudio preliminar a la edición de don Alfonso Andrés; Madrid, 1958; xx-xlii).

<sup>14</sup> En la obra completa acabada de citar, hay un enjundioso estudio de Manuel Alvar sobre Berceo hagiógrafo, págs. 29-59.

«la oposición entre clerecía y juglaría, santos locales, mientras los juglares vagantes transportaban las gestas de sus héroes o las vidas de sus santos universales».

Lo cual no es óbice, y en esto hemos de seguir fijándonos, al hieratismo del santo Domingo así retratado, «distante, como si la lejanía permitiera verlo en su plenitud, siendo la ambientación lo que los hagiógrafos ponen de su cosecha, la ambientación, de manera que el héroe es evocado en su imagen estática, como si de escultura se tratara, pero lo que cumple la misión de acercamiento son todos esos detalles humanos<sup>15</sup>, en definitiva una inmersión en la religiosidad popular.

Una materia y su culto de plena vigencia en la densa atmósfera religiosa del barroco, cuando un monje de Silos, Sebastián de Vergara, el año 1736, daba a luz en Madrid, la *Vida y milagros del taumaturgo español, Moisés segundo, redentor de cautivos, abogado de los felices partos, Santo Domingo Manso, abad benedictino, reparador del real monasterio de Silos*<sup>16</sup>. Un libro que, a continuación de la vida del siervo de Dios, vuelta a elaborar por el autor, incluye los otros tres textos anteriores, de Grimaldo, Berceo y Marín.

Pero el argumento no estaba destinado a quedarse en el acervo del Silos de siempre, sino que había de pasar al Silos restaurado que le sucedió tras un intervalo no demasiado largo aunque con vigor de terremoto.

#### EN EL NUEVO SILOS HISPANOFRANCÉS

Como los demás monasterios españoles masculinos, Silos fue suprimido en la desamortización y exclaustación de 1835. Ésta actuó como una apisonadora encargada mecánicamente de hacer tabla rasa de la historia. Contar con más de mil años de ininterrumpida vida claustral, cuando ese era el caso, no implicaba ninguna excepción a la medida integral. Nuestro tema no es éste, y mucho menos hacer de jueces. Por otra parte, a estas alturas parece que no es necesario. Que la exclaustación va contra las libertades individuales y colectivas está a la vista. Que la desamortización, al aumentar la injusticia social en el campo, fue una de las causas remotas de la guerra civil española, es algo que el tribunal de la historia no puede olvidar. Tengamos sólo en cuenta el detalle de que dicha desamortización se aplicó como se había previsto, ninguna de sus consecuencias puede achacarse por lo tanto a un error reglamentario o de subalternos<sup>17</sup>. Sus más ilustres mantenedores

<sup>15</sup> O.C. SUSZYNSKI, *The Hagiographic-Thaumaturgic Art of GB's VSIDS* (Barcelona, 1976); cfr. F. RICO; *La clerecía del mester*, «Hispanic Review» 53 (1985) 1-23 y 127-50, y J.O. FITZ-GERALD, *Versification of the «Cuaderna Via» as found in BVSDS* (Nueva York, 1905).

<sup>16</sup> (Madrid, Herederos de Francisco Hierro). Partes del título habían sido a su vez títulos de sendas biografías anteriores, a saber *El Moisés segundo, nuevo redentor de España*, de A. Gómez (1653) y *El glorioso taumaturgo español, redentor de cautivos*, de J. de Castro (1688).

<sup>17</sup> Salvo en el capítulo de la preservación de los tesoros culturales implicados.



fueron por lo tanto sus cómplices igualmente. Hacer por ejemplo una excepción con Jovellanos, que todavía mantiene inexplicablemente su fama de progresista, no tendría base ninguna en la realidad.

De Silos se salvaron sobre el terreno algunos «muebles», aparte los que se conservan<sup>18</sup> dispersos<sup>19</sup>. Pero antes de que pasaran cincuenta años, en 1880, fue ocupado por una comunidad francesa, procedente del monasterio de Ligugé, al frente de la cual estaba el primero de los nuevos abades, dom Ildefonso Guépin<sup>20</sup>. Y para captar el significado del evento y su desarrollo permanente, hay que echar una ojeada al benedictinismo coetáneo.

A un extremo del mismo estaban los monasterios que no habían sufrido excomunión alguna, sobre todo los suizos y los del Imperio Austro-Húngaro, incluso los ingleses. Al otro, los restaurados o fundados por eclesiásticos seculares, que sólo llegado ese momento adquirieron la condición monástica. Los primeros seducían por su mantenimiento sobre el terreno de las tradiciones antiguas, así lo exaltaba dom Cuthbert Butler en su tan atractiva visión de conjunto del ideal benedictino. Los últimos, asumido lo que la excomunión tuvo de purificadora vista desde dentro, ofrecían además el señuelo de la vocación decidida de los hombres que los acometieron, encarnando una nueva savia y prometiendo un vigoroso

<sup>18</sup> [J] M. BESSE, *Histoire d'un dépôt littéraire: l'abbaye de Silos* (Société de St-Augustin, Desclée, s.l.; 1887); cfr. *Estado del monasterio de Silos en el año 1880*, en «Glosas silenses» 4 (1993.2) 117-27, de la primera crónica de la casa escrita en francés por dom Eduardo Buchot, y T. MORAL, *Un monje francés en viaje por los monasterios castellanos en 1880*, en «Yermo» 9 (1971) 121-37.

<sup>19</sup> La dispersión también fue de las personas, claro está: A.S. RUIZ, *La comunidad de Silos excomunada*, en «Yermo» 8 y 9 (1970-1) 207-28, y 89-117 y 141-60.

<sup>20</sup> T. MORAL, *Un nuevo capítulo de la historia de Silos: la restauración de 1880*, «Boletín de la Real Academia de la Historia» 177 (1980) 485-574; L. MATÉ SADORNIL, *La restauration du monastère Saint-Dominique de Silos. 1880-1980*, «Lettre de Ligugé» núm.210 (1981), y en «Hispania Sacra» 39 (1987) 423-52; [JOSEPH BOURIGAUD] *Restauration de l'abbaye de Saint-Dominique de Silos en Espagne par les bénédictins de Ligugé* (Poitiers, 1882). Hay que tener en cuenta los datos de LÁZARO SECO, *Los benedictinos españoles en el siglo XX* (Burgos, 1931); C. del ÁLAMO MARTÍNEZ, *Silos. Cien años de historia* (Madrid, 1983) y J.G. ABAD ZAPATERO, *Camino de Silos* (Silos, 1982); pendiente de publicación en «Studia Silensia», *Silos. Cien años de vida monástica*, del propio Pérez de Urbel. Sobre el restaurador: M. BESSE, en el «Bulletin de Saint Martin et Saint Benoît» (Ligugé, 1917-8) 70-5, y el núm. del «Boletín de santo Domingo de Silos» del 19 de agosto de 1917; cfr. R. de CARANDE, en *Galería de raros* (Madrid, 1982) 135-52, y J. PÉREZ VILLANUEVA, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo* (Madrid, 1991) 171-3 (reseña de M. ALVAR, *Presencia viva de don Ramón*, «Blanco y Negro», 17-1-1993); su connovicio y amigo íntimo: B. LAURE, *Une belle figure de moine bénédictin: dom Christophe Gauthey* (Grenoble, 1944); Guéranger llamaba a Guépin fray Avispa, y a Gauthey fray Paloma.

impulso. Los más fecundos de todos ellos fueron Solesmes<sup>21</sup>, obra de dom Próspero Guéranger, «el monje del alma romántica» que le llamó el abate Bremond, y al otro lado del Rin, con una fuerte influencia solesmense, Beuron, sin tardar mucho cabeza de un genuino imperio monástico. Un ámbito intermedio es el de las comunidades desamortizadas que consiguieron sobrevivir a la supresión, pero siempre muy reducidas y en un contexto diverso aunque logran conservar la misma casa. Eso fue muy corriente en los monasterios de los distintos territorios italianos de entonces. Y un caso que entra en lo novelesco por la puerta grande, fue el de la comunidad errante trapense de dom Augustin de Lestrange, desde el cantón de Friburgo de su primer exilio al imperio de los zares, hasta volver a sus solares y convertirse en la rama del Císter más floreciente de los tiempos contemporáneos. Un ejemplo que nos ilustra de lo que decíamos de la purificación exclaustadora, también de lo insostenible a menudo de la conservación sin más del estado de cosas anterior, es el del Brasil, donde no hubo exclaustación, pero el benedictinismo sólo se salvó gracias a la ayuda de la Congregación de Beuron.

En España, donde no hay que perder de vista que, a consecuencia del pasado islámico hasta tiempos tardíos de una buena parte del país, los benedictinos no estaban tan difundidos ni arraigados, hubo dos situaciones diversas y atípicas. En Montserrat se mantuvo una mínima presencia monástica en el santuario mariano, que permitió empalmar con la genuina restauración al cabo de no demasiado tiempo. Samos fue restaurado, mucho más tarde, casi a la vez que Silos, pero por antiguos monjes de la casa, ello un caso insólito. Hay que tener en cuenta que en Baviera, donde la restauración no se hizo esperar tanto, y tuvo, con esos los viejos suizos, la necesaria acometividad para implantar sólidamente el benedictinismo en los Estados Unidos, fueron escasísimos los exclaustados que quisieron volver.

Así las cosas, la restauración de Silos por una comunidad de origen solesmense venía a dotar a España de una presencia de ese nuevo benedictinismo con el que no contaba. Por otra parte, no conviene olvidar que, a consecuencia de la evolución que tomó la abadía de Solesmes a partir de la muerte de dom Guéranger en 1875, sobre todo durante el largo abadiato, separado de aquél por uno intermedio más breve, de dom Paul Delatte, se ha opinado, incluso en nuestros días, que es en Ligugé donde el espíritu del fundador se ha mantenido más viviente.

En la Francia de Solesmes, la base del reclutamiento para los monasterios restaurados eran las vocaciones tardías. Guépin se dio cuenta de su escasez acá apenas llegado a España, y se adaptó al uso común en nuestro país entonces, instituyendo un oblatório o escuela monástica para niños. Lo había ya conocido en San Pablo

<sup>21</sup> Hay que valorar, por ejemplo, el significado de su influencia en los benedictinos ingleses, cuyas tradiciones y prácticas eran radicalmente distintas, a pesar de lo cual llegó a provocar en ellos, por ese mismo contraste, una división apasionada.

de Roma, y luego se lo recomendó al abad de Montecasino, Gregorio Diamare. También había recurrido a ese sistema el primer abad primado, Hemptinne. Pero, sobre todo el propio san Benito. Guépin gustaba de decir que santo Tomás de Aquino había sido niño oblató en el mismo Montecasino. En definitiva, no se trataba sino del «seminario trasladado al monasterio y adaptado al espíritu benedictino».

Los hermanos François (1835-1913) y Edouard (1838-1920) Buchot, formados en el seminario de Autun, empezaron dirigiendo el oblatório de Silos, sucedidos a lo largo de más de veinte años por dom José Antón<sup>22</sup>. Del pueblo natal de éste, Hacinas, decía Guépin tener un «nombre de romancero». Hubo un proyecto que no se consumó de traer a Silos profesores de Beuron. En 1903 fueron enviados los primeros monjes silenses a estudiar al colegio internacional, éste una novedad de cierta audacia, San Anselmo de Roma, por cierto boicoteado por Solesmes, más bien un monasterio de Beuron durante bastante tiempo.

Guépin fue nombrado abad en 1897. Entonces ya era española la mayoría de la comunidad. Y esa pretendida desviación de Solesmes<sup>23</sup> del espíritu de Guéranger, que habría sido en cambio preservado en Ligugé, repercutió mucho a este lado de los Pirineos. Naturalmente que Guépin siempre estuvo junto a la casa de su procedencia<sup>24</sup>. Así, no dudó en reprochar al demasiado monásticamente joven abad Delatte no haber conocido apenas al fundador y tener «graves defectos de carácter». Bajo su égida se produjo en Solesmes un amago de crisis iluminista, que llegó a sugerir la posibilidad de un nuevo Port-Royal<sup>25</sup>, a consecuencia de la cual Delatte fue sustituido en su cargo<sup>26</sup> temporalmente por dom Louis Pierdait, y al ser repuesto lo fue con la coetilla precautoria *ad nutum Sanctae Sedis*. Entonces Pierdait, poco antes de la bendición abacial de Guépin, vino a Silos<sup>27</sup>, convirtiéndose en su brazo derecho, y estando a punto de sucederle, siendo el preferido de los

<sup>22</sup> Murió asesinado como Alcocer, al que llevaba once años, y como el que luego citaremos Pablos Villanueva. En la *Bibliographie* de la Congregación, impresa en 1906, figura con cuatro poesías latinas, dedicadas a Santo Domingo por el episodio con el rey García, a Santiago, al ángel de la mole Adriana, y un epitafio de Guillermo el Sabio, y dos griegas, *Eis ten eorten tes genneseos* y *Sorois*. Ese humanismo poético grecolatino fue heredado por el tercer abad, Isaac-Maria Toribios.

<sup>23</sup> Inmerso materialmente en la magnificencia benedictina, comparadas sus nuevas construcciones al Mont-Saint-Michel por el propio Guépin.

<sup>24</sup> De 1882 a 1887, el noviciado de Ligugé estuvo en Silos.

<sup>25</sup> Muy mezclada a ella estuvo la abadesa de Santa Cecilia de Solesmes; véase G.M. OURY, *Lumière et force. Mère Cécile Bruyère, 1845-1909* (Solesmes, 1997).

<sup>26</sup> Guépin propuso al primado que le destituyera como superior de la congregación y nombrara un vicario, pero Hemptinne desempeñó personalmente sus funciones durante el interregno.

<sup>27</sup> Publicó *El rezo eclesiástico* (Valladolid, 1910).

monjes jóvenes, pero no se estimó prudente un segundo abad francés ya en 1917<sup>28</sup>. En 1894, un monje de Solesmes, dom Olivieri, se valió de un gendarme para no dejar ver a Guépin las nuevas obras del monasterio, y al año siguiente, fue Guépin quien no dejó a Delatte, que venía acompañado del mismo Olivieri, visitar canónicamente Silos. El primado tuvo que hacer a veces de árbitro entre Solesmes y Silos<sup>29</sup>. Cuando este monasterio fue abadía, la Congregación de Francia cambió su nombre por el de Solesmes, a fin de no herir la susceptibilidad nacional española. En todo caso, a pesar de sus discrepancias con la casa madre, Guépin siempre quiso mantener su monasterio en el seno de aquélla, temeroso de que fuese unido a la Congregación de Subiaco, incluso de que se formara una congregación española, pero su recelo hijo de motivos nacionales —él ya era súbdito español— sino monásticos, al haber ello implicado una concepción diversa del benedictinismo como hemos apuntado<sup>30</sup>. Curiosamente, en aquellos días, en Silos fabricaron un licor<sup>31</sup> al que dieron el nombre de benedictino. A lo cual respondió la empresa que fabricaba el igualmente llamado en Francia con un pleito alegatorio de usurpación de su propiedad industrial. Los fabricantes franceses no eran monjes, sino que habían encontrado la fórmula entre los papeles que se encontraron entre las manos cuando compraron el monasterio desamortizado de Fécamp, en Normandía. En Silos se asombraban de que siendo benedictinos no pudiesen utilizar esa denominación. Pero esa era otra cuestión. Al fin se llegó a una avenencia, comprometiéndose Fécamp, a cambio de la retirada del licor, a satisfacer una cantidad anual a repartir entre Silos y San Anselmo. Un problema de identidad benedictina hacia afuera, y en una materia ajena en sí a la vida monástica. En tanto que hacia dentro, era el de cada identidad benedictina concreta lo que se discutía y trataba de dilucidar diligentemente.

<sup>28</sup> Está inédita la biografía de dom J.M. DUPONT, *Dom Jean-Louis Pierdait, 1857-1942*.

<sup>29</sup> En otro orden de cosas, Guépin pensaba era parcial a favor de San Anselmo, pero éste quedaba al margen de esa disputa, su caso era el de la nueva centralización a cual más tímida frente a la antigua independencia monasterial y congregacional; H. MOUREAU, *Dom Hildebrand de Hemptinne* (Maredsous, 1930).

<sup>30</sup> Sin embargo, otra de sus discrepancias con Delatte, fue la oposición al centralismo congregacional que éste pretendió restaurar, de manera que se profesara más para el monasterio matriz que para la congregación, como había ocurrido en los primeros tiempos, pero entonces Solesmes podía decirse una familia todavía. Paradójicamente, ese centralismo habría empalmado el nuevo Silos con el inmediatamente anterior a la exclaustración, o sea el período de la Congregación de Valladolid.

<sup>31</sup> Se utilizaron para ello los conocimientos botánicos, adquiridos sobre el terreno, de dom Saturio González Salas (1875-1958).

De la obra ya llevada a cabo al comenzar su abadiato, dijo Guépin ser «el edificio material más lucido que antes de la exlaustración; así lo dicen los ancianos que han visto la antigua Jerusalén y la comparan con la nueva». Se hablaba del Solesmes español; «arquitectos como Mallet<sup>32</sup>, que levantó después la mayor parte de los monasterios nuevos de la congregación –Wisques, Kergonan y St. Benoît-du-Lac–, y dom Goubillon, decorador de la catedral de Sydney, pasaron por Silos, y el uno dirigiendo obras de restauración y el otro esculpiendo, dejaron convertido el monasterio castellano en una de las abadías más bellas de la Orden», que ha podido recapitular dom Tomás Moral.

Enseguida, ello ya muy pujante desde principios de siglo, el monasterio castellano se hizo cabeza de un movimiento de restauración gregoriana. Entonces, uno de los pioneros y sabios de la empresa en Solesmes, dom Joseph Pothier, había dejado su abadía, yéndose a la normanda de Saint-Wandrille de Fontenelle, entre otros motivos por discrepar de la interpretación del canto que allá acabó predominando, la de dom André Mocquereau, más joven. Guépin se mantuvo fiel a Pothier, reprochando a Solesmes que éste anduviera «en Saint-Wandrille flotando en la indigencia, cuando en Solesmes sobreabundaba el dinero sacado de la venta de sus libros de canto, sobre los que ni siquiera se le reconocen derechos de autor». Y en 1904, para perfeccionarse en el órgano, envió a Maredsous<sup>33</sup> a dom Casiano Rojo, el autor de un muy difundido *Método de canto gregoriano*<sup>34</sup>, consiguiendo luego le prestaran de allí a dom Simón Vaillant<sup>35</sup>, quien enseñó a dom Carlos Azcárate y dom Nicolás Rubín. Y los silenses de San Anselmo, pudieron conectar allí con dom Lucien David, discípulo de Pothier. En 1904 Guépin participó en las esplendorosas pero también significativas conmemoraciones romanas, *ad Clivum Scauri*, del centenario de San Gregorio, representando además al cardenal primado de Toledo y a otros obispos españoles, pero antes había podido escribir a San Anselmo que uno de sus monjes «le hizo escuchar al Rey, al gobierno y a toda la corte, que le aplaudieron, la primera misa gregoriana que desde hacía siglos se había oído en Madrid». Mientras tanto, en 1903, empezaron las gestiones de los benedictinos de Silos para fundar en Méjico, fundación de la que luego se derivó la de Buenos Aires.

Y, si bien hay que conceder a la titánica empresa erudita de la paleografía gregoriana alumbrada en Solesmes, como a algunos otros empeños gemelos de la gran generación, el sello de una aristocracia espiritual digna de los mejores tiempos, no

<sup>32</sup> Antes se había criticado algo la intervención de un marsellés, dom Gibbal, por su falta de preparación arqueológica.

<sup>33</sup> Un monasterio nuevo, en Bélgica, de la Congregación de Beuron.

<sup>34</sup> (Valladolid, 1910).

<sup>35</sup> Nacido en 1873.

podemos preterir la otra coordenada de la irradiación a tantos y tantos rincones de la cotidianidad sacra, de libros como el *Gradual romano o Manual de cantores y sacristanes* que Silos dio a luz en los tórculos vallisoletanos el año 1906.

Con la liturgia solemne, el estudio era en efecto una de las notas que tipificaron la restauración solesmense. De la cual participó Silos. Guépin había escrito la vida de san Josafat, muerto por la causa del uniatismo entre Ucrania y Polonia. Ello le hizo concebir la ilusión de que sus monjes se dedicaran a los estudios orientales<sup>36</sup>. Por entonces el Colegio Griego de San Atanasio de Roma pasó de los jesuitas a los benedictinos precisamente. Otro proyecto fue destacar en Roma a algunos monjes silenses para estudiar en sus archivos la historia eclesiástica española<sup>37</sup>. Pero a la postre la especialidad de Silos fue la historia de Castilla<sup>38</sup>, iniciando la publicación de antiguos documentos monasteriales de la región<sup>39</sup>. El prestigio de los benedictinos de los buenos tiempos de la erudición máxima, los días de Sarmiento y Mabillon, reverdecido por las noticias que de los restauradores llegaban, hizo concebir algunos proyectos fantásticos desde fuera, como una fundación de arabistas en Granada<sup>40</sup>. El singular arabista Pascual Menéu veraneaba en Silos y alguien habló de una posible vocación monástica tardía suya en la viudez.

El Código de Derecho Canónico entonces vigente prescribía a los seminaristas el estudio de las lenguas, sobre todo la latina y la patria. Era la convicción común en aquellos tiempos de que la carrera eclesiástica exigía estudiar «mucho gramática». Y en aquel Silos, acaso el intelectual que gozó de más popularidad fue un clérigo

<sup>36</sup> Cl. SOETENS, *La reprise du Collège Grec, de Rome, par les bénédictins. Léon XIII et Hildebrand de Hempsinne*, «Revue bénédictine» 90 (1980) 85-101.

<sup>37</sup> T. MORAL, *Un proyecto de fundación benedictina en la iglesia española de Montserrat en Roma, 1895*, en «Benedictina» 20 (1973=Miscelánea Lecisotti) 369-82; cfr., el mismo, *Silos y la edición crítica de la Vulgata*, «Nova et Vetera» 3 (1979) 237-46, y *Dos proyectos de fundación del abad restaurador de Silos dom Guépin*, «Boletín de la Institución Fernán González» 173 (1969).

<sup>38</sup> J. J. GARCÍA GONZÁLEZ, *Iglesia y religiosidad en Burgos en la Edad Media: estado de la cuestión*, en «Introducción a la historia de Burgos en la Edad Media» (Burgos, 1990) 390-2.

<sup>39</sup> T. MORAL, *Un hispanista benedictino: dom Mario Férotin, 1885-1914*, «Boletín de la Real Academia de la Historia» 172 (1975) 565-646, *Dos cartas del hispanista dom Mario Férotin*, «Hispania Sacra» 19 (1966) 445-54, y *Dom Mario Férotin OSB*, en «Miscelánea en memoria de dom Mario Férotin» (=«Hispania Sacra», 17-8, 1966) 2-30; F. CABROL, *Dom Marius Férotin. L'histoire de l'Espagne chrétienne et de la liturgie mozarabe*, «The Journal of Theological Studies» 63 (1915) 305-13; C.M. LOPEZ, *Preparando un centenario. La historia de la restauración de Silos en un capítulo del epistolario inédito de dom Guépin*, «Boletín de la Institución Fernán González» 169-70 (1967-8) 773-84 y 136-42.

<sup>40</sup> R. RANCOEUR, *Una carta de dom Guépin a Menéndez y Pelayo*, «Yermo» 1 (1963) 223-30.

de Ávila de movida vida, jesuita por algún tiempo, Felipe Robles Degano<sup>41</sup>, en aras de sus exposiciones y teorías gramaticales, desde la aparición en 1905 de su *Ortología clásica*, pasando por *Los disparates de la Academia Española* en 1912, obligatoria para los niños oblatos el texto de su *Gramática General*, prologada la latina por el futuro abad Isaac-María Toribios, quien al recibir las remesas anuales de sus ejemplares se ilusionaba con la esperanza de conseguir «llevarse también a su autor». Ello quiere decir que el cuidado del idioma contaba en ese monasterio. Que naturalmente tenía sus monjes escritores<sup>42</sup>.

«Estoy aquí más contento que nunca lo he estado –escribía a sus padres García Lorca a las nueve de la noche del 1 de agosto de 1917–. Los frailes son muy finos. Hay dos que tienen muy buena sombra y que cantan y tocan diariamente<sup>43</sup>». Poco después iría también Rafael Alberti, que andando el tiempo llegó a escribir a fray Justo Pérez de Urbel<sup>44</sup>. Y en 1918, en una línea muy diferente, dom Antonio Maura declaraba que Silos era excelente lugar para pasar la Semana Santa o hacer cualquier retiro. Viviendo todavía Guépin, nos cuenta Ramón de Carande de su estancia, en 1915, con el helenista Antonio Rodríguez Pastor y el helenista Francisco Rivera Pastor: «Llegaba al coro antes de rayar el día, medio dormido, y me sobrecogía el afán de encontrar en cada voz su propio motivo y, en el conjunto, un clamor suplicante. Cuando Ramiro Pinedo<sup>45</sup> nos contaba cosas de su abad, in-

<sup>41</sup> M. TABERNA MARTÍN, *Glorias de Ávila* (Ávila, 1974) 90-8. Los ejemplos correlativos serían abrumadores. Así, se nos viene a las mientes el del mazoniano dom Gaetano Bernardi (+1895), de Montecasino, uno de los artifices del nuevo Colegio de San Anselmo de Roma, muchas las ediciones, desde 1868, de su *Avviamento all'arte del dire*.

<sup>42</sup> Para la etapa posterior a la que va a ocuparnos, M. GARRIDO BONANO, *Fray Justo y los hombres de su tiempo. Bosquejo biográfico de fray Justo Pérez de Urbel* (Valle de los Caídos, 1983); cf. P. PRIMO DE RIVERA, *Recuerdos de una vida* (Madrid, 1083) *ad vocem*. Pérez de Urbel y Alcocer se ordenaron juntos. Una evocación del Silos de la inmediata preguerra, pero con algunos datos irrealistas, es la de MARTÍN SILBEREIER en «El Alcázar», *Culta cristiandad, Ciprés de Silos, y Silos* 36, 10-4-1983 y 2 y 4-5-1985. Para algunos datos complementarios remitimos a nuestras historias de los benedictinos, y del monacato español.

<sup>43</sup> Se detiene contando una visita a Las Huelgas, en que la abadesa y las monjas se mostraron muy generosamente visibles: «Todas ellas vestían de blanco y como estuvimos con todas, muchas veces vi escenas como de *Canción de cuna*»; texto en ABC Cultural, 3-2-1990.

<sup>44</sup> P. GARCÍA GALLARDO, *Unamuno, García Lorca y Santo Domingo de Silos*, «Diario de Burgos», 3-1-1887.

<sup>45</sup> De vocación tardía, farmacéutico antes en Bilbao: «Nada quedaba en este monje que recordase al bilbaino descarriado de cuya farmacia anunciaba cada día la prensa el *Vino quinado Pinedo* y sus virtudes. El joven jueguista había sido regenerado por dom Guépin, que aparecía a menudo en el Bochito para regenerar a Ramirito, así le llamaba, camino de la orden benedictina. Luego contaré de qué manera se hicieron memorables, entre los intelectuales de Bilbao, las reuniones con el abad, en la rebotica». A ella iban Leopoldo Gutiérrez Abascal, Juan Echevarría, Ramón de Bas-

sistía en sus devociones preferentes, diciéndonos: *reza cantando con amor (cantare amantis est)*, y así como en los labios pone el canto, pone amor en las tareas solidarias. El espíritu del abad, seguía diciéndonos su catecúmeno, era muy espontáneo, poco propicio a la especulación metafísica. Diríase que dom Guépin se perdía en el laberinto de las disquisiciones, trabadas con fórmulas y con silogismos. Era, en cambio, un deleite, dejar seguir la inspiración leyendo una parábola, un salmo o un versículo de los evangelios. El abad, buen francés, de espíritu delicado, gozaba conversando, dominaba el diálogo<sup>46</sup>. Ese era el Silos de nuestro biógrafo del anto de su nombre.

#### LA VIDA INSPIRADA DE DOM RAFAEL DE ALCOCER

Rafael de Alcocer Martínez<sup>47</sup> nació en Madrid el día 28 de octubre de 1889. Su padre, Mariano Alcocer Martínez<sup>48</sup>, de la tierra recia de Molina de Aragón, fue el factotum de los archivos y las bibliotecas de Valladolid en los años veinte, infatigable editor de los materiales para la historia de su universidad, hasta darla a luz en cinco tomos y ser nombrado su cronista, y catalogador de sus fondos, es-

terra, Pedro Mourlane Michelena, y hasta Unamuno cuando estaba de paso. Azaña le menciona en sus *Memorias*, aportando el dato de haberse negado a ser obispo de Vitoria, en atención a ese su pasado dentro de la diócesis misma, que entonces Bilbao la pertenecía. Parece que en la República tuvo algunos contactos «diplomáticos», que tanta falta hacían, a propósito de las tormentosas relaciones entre la Iglesia y el Estado. El ámbito intelectual preferido por dom Pinedo era la muy personal interpretación del simbolismo del arte medieval.

<sup>46</sup> Por su parte Menéndez Pidal recogió las humorísticas propuestas de vida cotidiana del abad: «Antes de la comida, la murmuración es un aperitivo: Murmuremos. Al acabar el yantar, la murmuración es un digestónico: Murmuremos». El poeta malagueño José Moreno Villa, incluyó en su libro *El pasajero*, unos versos inexactos y poco amables para Guépin, *El café del abad*.

<sup>47</sup> No hay escrito nada específicamente sobre él; la bibliografía de Tomás Moral («Diccionario de historia eclesiástica de España», 1, 34) es más de su muerte y tampoco personalizada. Al preparar el futuro obispo Montero su libro sobre la persecución religiosa en la guerra civil para la Biblioteca de Autores Cristianos, dom Agustín-Sebastián Ruiz le envió una extensa noticia, que casi no fue utilizada por él ni devuelta tampoco. «Con su estilo personalísimo, trazaba la semblanza de un monje a quien había tratado y conocido», nos dice dom Moral. El brevísimos prólogo del abad Pedro Alonso a la reedición de la biografía de santo Domingo, en 1973, no aporta ningún dato. Nosotros nos ocupamos de él en nuestra historia de los benedictinos, *ad vocem*. No puede ser muy extenso el *Menologio silense* de dom Quintiliano Tajadura y Tajadura (2.ª ed., Silos, 1982).

<sup>48</sup> Noticia en la Enciclopedia Espasa, apéndice 1, 312-3. Ni su necrología ni la de su hijo figuran en los suplementos sucesivos. Hay que tener en cuenta que, a partir de los dos volúmenes correspondientes a los años 1936-1939, se acusa en la benemérita obra, además de la censura, por activa o pasiva —ya Hugh Thomas notó el partidismo panfletario de su tratamiento de la guerra civil, como entonces desde luego no podía ser menos— la decadencia cultural del país.



tudioso acabado de la imprenta en la ciudad, continuamente acopiando aportaciones a una riquísima miscelánea urbana, historiador también de Medina del Campo. Es el arquetipo de aquellos funcionarios de la cultura de otrora, con los mínimos emolumentos para llevar una vida estrecha de rapada clase media y sin más medios en su ámbito laboral que los estrictos, tanto que resultaban exigentes de un esfuerzo personal suplementario para el desempeño de su misión. Sin embargo, entregados sin fronteras a una vocación irresistible y coronado su trabajo de frutos beneméritos de cuyas rentas seguimos en parte viviendo desde la prosperidad hodierna. De la generación siguiente, todavía en Santiago se mantiene la estampa del bibliotecario de su universidad, Bustamante, autor de su monumental catálogo contra el viento y la marea de sus largos inviernos, sin otro secreto que unos recios mitones que sólo le dejaban libre la escueta parte de los dedos precisa para manejar la pluma, una prenda que desde luego no cargó en el presupuesto de la corporación. Alcocer estuvo destinado en Orense, Toledo y Vitoria<sup>49</sup>, luego en Simancas y al fin en la misma ciudad pinciana.

Rafael Alcocer fue de una vocación que, teniendo en cuenta el reclutamiento entonces común de éstas en el oblatório de los niños, hay que calificar de algo tardía, pues entró en Silos el año en que cumplía los veinte<sup>50</sup>, ya terminada su licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad Central, precedida del bachillerato cursado en los escolapios de Monforte de Lemos<sup>51</sup> y en el Instituto de Orense. Duplicidad la última fecunda, notemos de paso.

En virtud de esa misma circunstancia tuvo que hacer el servicio militar, siendo llamado a filas cuando era novicio. En el sorteo le tocó África y fue destinado a Ceuta. Allí se matriculó de árabe, terminando enseguida con sobresaliente y pasando inmediatamente de alumno a profesor. Hay que recordar a este propósito un dato de su padre, la publicación del catálogo, entre otros, de los fondos de Simancas sobre la guerra de Marruecos de 1774 a 1776, por otra parte un enlace entre el pasado y el presente, tan viva en el de aquellos días la impronta de la vecina y tan emparentada tierra del otro lado del Estrecho. Pero lo que conviene subrayar también en cuanto a este aprovechamiento por Alcocer hijo de su estancia en la frontera de Marruecos es lo poco común del fenómeno. Pues ¿cuántos de tantos españoles como pasaron por nuestras plazas de soberanía y el Protectorado se aproximaron a la otra civilización? Mas tampoco sería justo olvidar el caso sor-

<sup>49</sup> Donde publicó el catálogo de las bibliotecas provincial y del Instituto.

<sup>50</sup> Por eso se ordenó con Pérez de Urbel, que era seis años más joven, el 25 de agosto de 1918; había profesado el 6 de abril de 1915.

<sup>51</sup> Su padre había estudiado también con los escolapios de su propio pueblo natal.

prendente de dom Miguel Asín Palacios, el cura aragonés que desde su remoto rincón clerical conquistó las cumbres del arabismo. Caso que desde luego sería bastante para inducir a alguna reflexión en torno a la supuesta índole integralmente reaccionaria de la iglesia española contemporánea. Pues ésta no habría sido compatible con la vía libre para que uno de sus miembros sostuviera una influencia musulmana en Dante, en san Juan de la Cruz y en santo Tomás de Aquino, por muy clara que estuviese la plena ortodoxia de tales tesis.

De Alcocer se publicó póstumo<sup>52</sup>, en 1940, un libro jugoso, capaz de las evocaciones policromas pero sin detrimento de la captación plena de la realidad, sobre *La corporación de los poetas en la España musulmana*, buen entendimiento de su «vivir improvisado, un poco maleante, siempre al asalto de un desgaire profundamente bohemio».

La obra se sitúa en la intersección de la capacidad erudita de Alcocer<sup>53</sup> y la seducción de su vena literaria, en la que sin duda recogió la mejor cosecha y era el polo atractivo de su vocación y de sus dotes. Manifestada a su vez en una doble dimensión. De un lado, una entrega pródiga a lo que entonces se llamaba apostolado de la prensa, la difusión en su caso de la cultura religiosa con miras pastorales pero haciendo hincapié en la dignidad intelectual del mensaje. De otro, la complacencia en la creatividad más personal, la de su novela que veremos y también la de su hagiografía del santo patrono de Alcalá la Real.

Además de sus escritos sueltos<sup>54</sup>, dirigió la biblioteca *Pax*<sup>55</sup>, de literatura y espiritualidad, también de historia eclesiástica, donde él mismo publicó sendos libritos sobre la *Iniciación litúrgica a la santa misa*<sup>56</sup>, *El año litúrgico. Ciclo del tiempo*<sup>57</sup> y *El gran Gelmírez*. El elenco de los colaboradores, aunque la mayoría quedaron *in peccatore*, pues enseguida se interrumpió la empresa, al estallar la guerra civil, es instructivo,

<sup>52</sup> Tajadura cita como su obra principal una *Literatura árabe* en cinco tomos, diciendo fue publicada por la Compañía Americana de Publicaciones (*sic*), pero la realidad es que estaba inédita, como precisa Moral, pudiendo nosotros desgraciadamente añadir que desapareció en la guerra.

<sup>53</sup> En 1925 publicó el folleto *La «Domus Seminis» del Silense*, sobre la controvertida autoría de la llamada *Historia Silense*, una de las crónicas de nuestra Edad Media.

<sup>54</sup> Por ejemplo, *Elementos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús* (hay una edición póstuma; Buenos Aires, 1954).

<sup>55</sup> Subtitulada «revista popular de cultura religiosa e hispánica».

<sup>56</sup> Este título fue el primer número, de 1 de octubre de 1935. Con algunos cambios ellos se reimprimieron, de 1941 a 1945.

<sup>57</sup> El número séptimo, de 1 de enero de 1936. El primero de los números anunciados entonces era del propio Alcocer, sobre la liturgia de la semana santa. De benedictinos, *Las catacumbas cristianas*, de Enrique Díaz, y *Las primeras persecuciones contra la Iglesia*, del citado A.S. Ruiz.

lo bastante para hacernos una idea del tono y la orientación de la misma, rica desde luego. Había arabistas –González Palencia–, americanistas –Huberto Pérez de la Ossa, Manuel Ballesteros Gaibrois–, historiadores del derecho –Juan Moneva, Salvador Minguijón, Román Riaza–, el latinista Lorenzo Riber, el filósofo del derecho Corts Grau, el historiador de la literatura Nicolás González Ruiz, el historiador militar Priego, el agustino Félix García, los dominicos Beltrán de Heredia y Colunga<sup>58</sup>, Félix de Llanos y Torriglia, Domínguez Berrueta, el marqués de Lozoya, Pemán. Fue Alcocer quien sugirió a éste la idea de escribir *El divino impaciente*.

Notemos la terminación de su librito sobre la misa: «Pero no es posible vivir la liturgia, poseer el espíritu litúrgico, sin percibir y sin obedecer a lo que se llama *el espíritu del tiempo*. Sobre la fuga del tiempo común, la liturgia marca unos espacios temporales y los penetra de influencias trascendentales. Lo transitorio adquiere entonces un modo superior de permanencia, lo temporal recoge algo de lo eterno». Y veamos también el comienzo del otro relativo al año litúrgico: «Aquella vez los correos de Augusto llevaban un mensaje extraordinario. Jamás había pasado por las postas imperiales un despacho semejante».

Pero esta empresa nos ha llevado a la década de los treinta, coincidente su primera parte con los últimos años de la vida de Alcocer, siendo así que al iniciarse, en 1930, había salido su novela, *Despojos de amor*, y el año anterior su *Vida de santo Domingo de Silos*. Ya dijimos de Pinedo (1872-1952), un caso al fin y al cabo singular, de la generación anterior y vocación muy tardía. En 1924 había dado a los tórculos su también personalísima obra, *El simbolismo religioso en las construcciones eclesiásticas de la Edad Media*<sup>59</sup>, con unas «dos palabras» extensas de Antonio Méndez Casal. El nombre nos recuerda el mundo coetáneo del *Blanco y Negro*, hasta un selecto y minoritario turismo incipiente en un mundo que no dejaba de ir cambiando, a la búsqueda de las *letras, artes y ciencias*. Vale la pena detenerse en el índice de sus capítulos, a saber los puntos cardinales, la hoja de acanto, el hom oriental, leones y plantas espinosas, las aves, las sirenas o arpías, los trasgos, las portadas, las naves, las torres, el gallo.

Unos diez años mayor que Alcocer eran el propio abad historiador Serrano (1879-1944), el gregorianista Casiano Rojo (1877-1931), el biógrafo Antolín Pablos Villanueva (1871-1936), el citado humanista José Antón Gómez (1878-1936), el historiador Alfonso Andrés<sup>60</sup> (1879-1965), el infatigable bibliotecario y

<sup>58</sup> Además de los padres José Gafo y Luis Urbano; el doctoral de Granada Rafael de Castro, y Rafael de Burgos.

<sup>59</sup> Con una «advertencia obligada» de Rafael Y. de Aldecoa, su impresor burgalés.

<sup>60</sup> En 1921 publicó la Real Academia de la Historia su opúsculo sobre *Dom Pedro González de Mendoza el de Aljubarrota, 1340-1385*.

cronista, ¡también encuadernador!, Mateo del Álamo Domingo (1878-1947). De su hornada eran Justo Pérez de Urbel (1895-1974), el liturgista Germán Prado (1891-1974), el historiador Agustín-Sebastián Ruiz Gutiérrez (1897-1969), el mariólogo Santiago Alameda (1891-1963), el humanista y futuro abad Isaac-María Toribios (1897-1961), Andrés Azcárate (1891-1881) que desarrolló fecundamente su vida y escritos en Buenos Aires, como su hermano Carlos (1892-1974) en Méjico.

La vena literaria de fray Justo dio entonces sus mejores frutos, en tanto que en la postguerra, tan distinta, vendría la más erudita, de la misma belleza estilística pero historiográficamente más discutible: *La escuadrilla Elcano*, sobre el vuelo Madrid-Manila, es de 1926; de 1928 a 1935 su tríptico de divulgación histórica monástica, compuesto de las *Semblanzas benedictinas*, *Las grandes abadías benedictinas* y *Los monjes españoles en la Edad Media*, además de sus dos primeros libros de poemas, *In terra pax*, en 1928, y el *Cancionero pasiego*, en 1933. En 1935 el abad Serrano dio a luz su mejor estudio histórico, *El obispado de Burgos y Castilla primitiva*, todavía hoy de interés para el esclarecimiento de los intrincados y nebulosos siglos altomedievales en la región, coronación de su paciente labor editora de las fuentes, que había sido la dedicación estudiosa silense al principiar el siglo. Mientras que dom Álamo venía siendo uno de los mejores y más asiduos colaboradores del Espasa, a la que también el propio Alcocer hizo alguna aportación. Lo tremendamente desigual de su desarrollo, incluso si queremos lo caprichoso de algún planteamiento de esta magna obra, no es pretexto válido para regatear la merecida laude a la formidable empresa, de una universalidad plena, por encima de las mejores extranjeras parejas, a pesar de que la laguna más grave de la esplendorosa cultura española de entonces era la falta de dedicación a las culturas ajenas. El artículo extenso de Álamo sobre la Congregación de Valladolid es de los mejores de toda su inmensa selva de volúmenes. Lastimosamente, su crónica del monasterio fue destruida, con lo cual los historiadores del futuro no podrán llegar a una evocación pareja de su propia casa.

Y corrían mientras tanto los vientos de la historia. El fascismo soplabá fuerte en aquellos días postrimeros de entreguerras. Por Silos pasó Ramiro Lesdema Ramos. Fray Justo me confesó a mí haberse sentido atraído entonces por su mensaje, pero obedeció sin reparo la admonición del abad Serrano de no mezclarse en aquellas tramas<sup>61</sup>.

<sup>61</sup> Muy distintas ya las circunstancias, no hubo inconveniente en su aceptación de la asesoría religiosa de la Sección Femenina de la Falange. Habiendo yo coincidido en la recepción de Areilza en la Real Academia Española con Pilar Primo de Rivera, a quien no conocía, preguntada por mí, me dijo que el nombre de fray Justo había sido sugerido por Agustín Aznar. Luego ella pu-

Volviendo a Alcocer, estaba puesto en razón, a causa de la irradiación de sus amistades intelectuales, su traslado a la casa que Silos tenía en Madrid, el Montserrat de la calle de San Bernardo<sup>62</sup>, Montserratico más bien se le dijo al ser fundado. Y allí se estableció después de una breve estancia intermedia en la de Cogullada<sup>63</sup>, una casa cercana a Zaragoza dotada de una excelente biblioteca de historia eclesiástica, donde dom Aimé Lambert<sup>64</sup>, otro beneditino de Ligugé, llevó a cabo sus estudios hispánicos.

Si Alcocer fue el inspirador de *El divino impaciente*, no es extraño que le conmoviera el estreno de *Teresa de Jesús* de Marquina. Tanto que, en 1933, tomando por extensos lemas versos de ese drama y haciendo seguir su librito de las críticas aparecidas en la prensa madrileña<sup>65</sup>, publicó su *Vida de Santa Teresa de Jesús*: «En la tendida llanura castellana, un nudo de rocas enjoyadas de almenas. Parece como si el seno grande de la planicie se alzara empujado por el palpitar de un corazón

blicó el dato en sus memorias. Respecto de la comunidad a establecer junto al mausoleo de Franco, todo estaba previsto y tratado para los dominicos. Cuando éstos lo rechazaron, siendo el general un español, Suárez, se recurrió a los beneditinos de Silos, que lo aceptaron, bajo el abadiato de fray Justo. Éste nos contó en sus últimos días de cómo el trato no grato que recibieron de las autoridades del Patrimonio Nacional, fue recibido por Franco a quien le expuso su queja. Franco se mostró displicente y desinteresado personalmente, y no tomó ninguna decisión, viniendo más bien tácitamente a dejar que el asunto se arreglara por sí mismo. Una generalización de esta postura a sus cuarenta años de monopolio de la historia española, no sería meramente ensayística, aunque no pudiese llegar al rigor de una tesis doctoral. Una actuación constante, posible en una determinada psicología desde luego, aparte la determinación de su éxito por las circunstancias, que de no tenerse en cuenta puede llevar a interpretaciones fantásticas de la realidad. Un ejemplo es el de la intervención del régimen en el nombramiento de los obispos. Desde el principio hasta el fin, los testimonios que abonan tratarse de una cuestión vital para el régimen mismo, son evidentes. Sin embargo, se ha frivolidado en base a unas declaraciones de Franco de no haber intervenido casi nunca en el asunto. Por no entenderle, no darse cuenta de que él se refería a intervenciones personales, privadas, individuales, no a la política de su entramado de gobierno que era constante y decisiva. Y un último dato, composición de lugar también de los nuevos tiempos: en 1947, España fue el único país donde el centenario de san Benito tuvo carácter oficial. Pero sólo se notó en que varios ministros asistieron a la misa solemne que se ofició en Montserrat de Madrid. Dom Jean Leclercq nos contó haber estado entonces en la sacristía, un poco sorprendido de que la conversación entre los monjes giraba con exclusiva viveza en torno a cuáles serían los ministros asistentes.

<sup>62</sup> E. ZARAGOZA PASCUAL, *Historia del real monasterio de Montserrat de Madrid* («Scripta et Documenta» 51, Madrid, 1996).

<sup>63</sup> J. BLASCO IZAZO, *Temas zaragozanos. Monasterio de Nuestra Señora de Cogullada* (s.l.n.i.a.); había sido convento capuchino, y los monjes de Ligugé estuvieron allí de 1894 a 1934.

<sup>64</sup> Por cierto también víctima de la tragedia del siglo XX, fusilado por los alemanes en la segunda guerra mundial.

<sup>65</sup> También de unos textos de Ferreol Hernández (*A Marquina*, en verso), Jorge de la Cueva y Manuel Graña, sobre el estreno de la pieza en Ávila.

inmenso. Y aquello es Ávila». Y en Ávila el convento fundado por la santa para la reforma, o sea «el portal de Belén», pues era, en efecto, «un chico portal: Junto a la portería, una sencilla reja de madera; muy próximo a la reja, el altar, donde se había entronizado el Santísimo Sacramento, y al lado izquierdo del altra, *otra reja de palo*, que separaba el coro de las monjas».

Alcocer era un predicador afamado. Todavía naturalmente de aquellos sus tiempos de la oratoria sacra vibrante, en el mejor sentido investida de alguna grandilocuencia, henchida de vigor bíblico sin mengua de dar lo suyo a la veta del sentimiento. Nuestro beneditino predicaba en la misa más tardía de los domingos, la de dos. Yo recuerdo de los tiempos de mi infancia que esta hora, parece que exclusiva de Madrid, al menos en nuestras cercanías, no cercanas entonces, se tenía por una de esas curiosidades llamativas de la capital, sintomática de su mundo entonces ensoñado desde «la calma solemne de la provincia».

Y junto a esa predicación, de tanta impronta en la religiosidad de la época, hay que poner la colaboración de Alcocer en *El Debate*<sup>66</sup>. Dar noticia de este diario sería aquí impertinente. Pero teniendo en cuenta lo desconocido y deformado de nuestra historia contemporánea, cualquier ocasión es buena, al menos para salir al paso de alguna falsa imagen o idea preconcebida del trasfondo que pueda llevar a una interpretación de lo que decimos alejada de la realidad objetiva y de nuestra intención. El recientemente desaparecido polígrafo José Montero Alonso, viviente tesoro tanto librario como oral, acumulado en sus cerca de cien años de vida, nos contó de que, recibido en los días republicanos por Indalecio Prieto para una entrevista, a cuyo piso en Argüelles le dejó por cierto Juan Negrín, de paso para la ciudad universitaria, se sorprendió un poco de ver en el recibidor ostensiblemente a la vista el periódico católico. Pero ello no era raro. A su redactor-jefe, Sorache, amigo personal de Prieto, éste le llamaba algunas noches, a la hora de la rotativa, para pedirle algunas noticias. A veces, el llamado le hacía esperar en broma, diciendo todavía no habían terminado el misterio correspondiente del rosario. Y al ser preguntado el motivo de que no llamase a sus colegas, era respondido en el mismo tomo que por no fiarse de ellos<sup>67</sup>.

Era en consecuencia natural que en Silos se guardase la colección completa de *El Debate*. La cual fue confiscada durante la guerra civil por el Gobierno de Burgos. Ante las lágrimas impotentes del bibliotecario Del Álamo, quizás encua-

<sup>66</sup> También escribía en *El Boletín de Silos*, y la *Revista eclesiástica* de Valladolid.

<sup>67</sup> Y hay detalles, aparentemente pequeños, pero por eso mismo más reveladores. Estamos pensando en una poco explicable hostilidad entre *El Debate* y el dinámico canónigo liberal segoviano Jerónimo García Gallego.

dernador él mismo de los grandes infolios. Recordemos que, inmediatamente de la entrada en Madrid de las tropas franquistas, *El Debate* fue prohibido<sup>68</sup>. No se distribuyó el único número que llegó a imprimirse. Así las cosas, era natural el interés por formar anticipadamente un exhaustivo *dossier* en justificación de la medida, y ello explica el atropello a la biblioteca monasterial.

Rafael Alcocer fue asesinado el 5 de octubre de 1936<sup>69</sup>. Está enterrado en la sacristía de la iglesia de Montserrat de Madrid.

Y al llegar aquí es inevitable nos invada la melancolía de haber visto desaparecer a los hombres portadores de los testimonios vivientes de quienes los precedieron. Ernesto Zaragoza nos ha contado de la última hermana de Alcocer, recordando en Valladolid el alma romántica de ese y su preferencia por la ternura de los diminutivos, esa joya de nuestro idioma exaltada por Amado Alonso en uno de los estudios filológicos más entrañables que caben.

Alcocer estaba a punto de profesar cuando Miguel de Unamuno escribió en el libro de la portería del monasterio unos versos que luego pasó algo modificados a *El Cristo de Velázquez*. En su visión, los cantos del coro eran «olas movientes de la eterna costa, alzadas desde el destierro de la tierra, repercutidas por las conchas marinas de los siglos muertos que eran los claustros». Eso el 12 de abril de 1914, poco antes de la Gran Guerra.

El rector bilbaíno de Salamanca volvió a Silos en 1931, poco después de la República. Cuando ya el ciprés se había convertido en su símbolo definitivo<sup>70</sup>. Fray Justo mismo le había cantado por primera vez en 1923, con la generosidad de salmodia de su literatura. Tres años después, en la armadura recia del soneto, Gerardo Diego, constante este poeta entre el recuerdo y la esperanza silenses, volviendo a la casa en 1936, y ya después de la guerra, en 1941, la fecha de su *Cancionero de Santaraille. Como la miel de la colmena/ y las abejas al sembrado,/ Domingo trae para Castilla/ un sueño místico y lejano*. Así dijo, ya muy tarde para nuestra historia y habiendo llovido tanto, José García Nieto en 1973.

No nos consta la fecha en que Manuel Machado heredó en sus tetrástrofos monorrinos —¡si se lo dicen a uno parece que es un insulto!, comentaba de las dos palabras dom Ángel Revilla en su clase del Instituto de Segovia— al santo y a su hagiógrafo en verso de la Edad Media: *Ya están ambos a diestra del padre deseado,/*

<sup>68</sup> Parece que la medida fue obra sobre todo de Ramón Serrano Suñer.

<sup>69</sup> Se sabe que manifestó inmediatamente su condición sacerdotal y monástica al ser descubierto.

<sup>70</sup> N. NUÑEZ MINGUEZ, *El ciprés de los poetas. Silos, mil años de lengua castellana* (Silos, 1978).

*los dos altos varones, el chantre y el cantado:/ el gran sancto Domingo de Silos venerado/ y el maestro Gonzalo de Berceo nombrado.* Ahora ya hacen un tríptico, por tener también su lugar junto a ellos su hagiógrafo del trágico siglo XXC., dom Rafael Alcocer. Veámoslo.

#### UNA GLOSA EN EL SIGLO XX

*Santo Domingo de Silos* salió espléndidamente<sup>71</sup> de los tórculos de la vallisoletana imprenta de la Casa Social Católica el año 1925<sup>72</sup>. «Merced a la mano perítisima de un hermano en religión que quiso ocultarse, copiadas en el libro fidelísimamente las iniciales de los capítulos, el estilo y colorido de las viñetas y todas las letras que componen la portada, tomadas de los manuscritos visigóticos del siglo once, en especial de los escritos en el mismo monasterio en los tiempos del santo biografiado». Culminación feliz de la obra emprendida «con mano medrosa que la obediencia mueve, glosando al buen Berceo *Dios haga que no sea ennoioso iuglar*».

Una obra que es eso, una glosa de los datos conocidos por los dos hagiógrafos medievales, así como de las ceremonias de la liturgia hispana entonces en vigor y del contexto histórico de la Castilla de entonces dentro y fuera de la clausura. Pero hay frases reveladoras de toda una mentalidad, tal la que opina no haber «en la historia otra lógica que la de los hechos», desde luego más aproximada a la realidad que las interpretaciones monolíticas con pretensiones de descubrimientos de la verdad para marcar una época sin fin en cuanto nada más allá cabía del dogma de la posesión de la misma.

El hombre a lo largo del tiempo: «Así como en las viñas merodean las aves, así en el racimico de la existencia picota el tiempo desgranando los años, agraces y dulces que de todo tienen». Pero el tiempo en el espacio. Teniendo la geografía un valor desbordante de ella propia, al interiorizarse en los protagonistas que en su marco y sobre su solar vivieron la historia:

«¡Qué sentidísimo trovar de amores! Al escuchar los nuestros, nuestros amores, derramados por tantos lugares a lo largo del sendero, parece que tornan y llaman las dulces emociones ya lejanas, todas las ansias del corazón parece que vuelven para

<sup>71</sup> Dom Pablo-Cecilio Gutiérrez González (1896-1969), en su *Vida y milagros de Santo Domingo de Silos* (Buenos Aires, 1932), según Moral resumió la de Alcocer: en la postguerra, Juan del Alamo, dio a luz una *Vida histórico-crítica del taumaturgo español Santo Domingo de Silos* (Madrid, 1953), a pesar de su pretensión, «amorosa y erudita sin ser del todo crítica», suveste deplorable si la cotejamos con la de Alcocer, como un símbolo de la diferencia entre la España de uno y otro año.

<sup>72</sup> Con el doble imprimatur del abad Serrano y el arzobispo Gandásegui.



ofrecerse al paso del Duero. En aquel silbo delgadísimo visita Dios el corazón y Dios es amor».

Notable es la visión de Castilla que el autor nos ofrece en la introducción, dando lo suyo al hombre en cuanto depauperador de un medio al que la geografía física no había condenado tanto como se creía, entre otras cosas el latiguillo bastante comodín para defensa de los malos gobernantes. Pues «aquí, en estos montes, en siglos no distantes, hubo vida muy fuerte y briosa», antes de llegarse a «la resultante de una lucha en que el hombre, talando bárbaramente el arbolado, desnudó los montes de sus lozanías, y la montaña, cada vez más arisca, negando a los valles fertilidad y frescura, a los ganados alimento y abrigo, y alzando vengativa su masa de rocas, abruma las almas», colaborador paradójicamente también el traslado de la frontera al otro lado del Tajo, éste de acá en cambio «falto de hombres, que casi se apagaba la llamarada alegre y fuerte del vivir, casi se moría». Y no podía olvidarse de cantar a la Rioja Alta, la tierra nativa del santo, a la que dan «las sierras un abrazo inmenso, pero muy alto y lleno de mimos, prendiéndola en un círculo, una gloria de tierra aquella que lentamente, suavemente, baja rugosa y ondulante; un país de gozo, el cielo derritiéndose en luces, la tierra amorosa, los ánimos fuertes y alegres, y el vino sutil y aromático por alquimia de brujo».

La prosa poética es constante, ya se ha podido ver. Lo cual no quiere decir sea imposible sorprender sin esfuerzo la sustancia de lo pensado y sentido, bastando con fijar la atención. Por ejemplo, este ideal de la santidad, que no era ni mucho menos el más corriente entonces, y que su benedictino atribuye al santo de su monasterio: «La seriedad meditativa y dulce de Domingo no era la resultante espontánea de un temperamento pobre y apagado, algo así como ese languidecer beato que con frecuencia llamamos virtud-triste virtud gratuita y enferma». Por el contrario, Domingo fue desde el principio «lo que sería toda la vida, dulce y sereno y henchido de fuerza».

Y acaso, no solamente al profano que ve desde fuera los primeros horizontes sino incluso al historiador a primera impresión, le pueda sorprender que para dom Alcocer el monacato de la Edad Media, aunque se pueda decir de una cierta manera que entonces los benedictinos dominaron Europa, no es ni mucho menos el arquetipo, una opinión que recordamos expresada en términos muy parejos por un benedictino del Montserrat de nuestros días, dom Hilari Raguer, al reseñar nuestra historia de su familia religiosa: «De lo que se diga, se desprenderá por sí mismo, sin que esto sea mi propósito, que si la Edad Media pasa por ser la época más venturosa de la Orden de San Benito, su dicha fue la dicha de una madre que, entre mortales sufrimientos, cumple la noble misión de dar al mundo un hijo [...]entre el choque brutal de encontradas corrientes, y a pesar de increíbles y larguísimas violencias».

Y... Charles Péguy escribió que la muerte de cada uno viene escrita en la vida que la precede. ¿Hasta cuando nos parece obediente a la contingencia de un mero azar? Quién sabe... La plácida del santo fue descrita así por su biógrafo que tan trágica iba a tenerla sin tardar demasiado: «La voz del obispo llegaba a los oídos de Domingo empapada en los sollozos de sus monjes. Al pronunciar el prelado las últimas palabras, el santo, incorporándose un poco, levantó los ojos al cielo, alzó las manos, y como abrazando lo que sus ojos veían, lentamente los cerró sobre el pecho, y sus ojos se cerraron. Era un abrazo en que se posesionaba de la visión espléndida que Jesús y María le mostraban, y un abrazo en que abrazaba los ruegos y la esperanza del prelado; en ese abrazo de promesa solemne nos estrechó a todos sus hijos. Después, notas de cantos funerales, llantos y miedos, un poco más de sombras aquí abajo, y un poco más de luz allá en la gloria». Y así las cosas, ¿no sentimos como si las diferencias tan estridentes vistas desde fuera sólo lo fueran en las profundidades a cual más accidentales?

Mas prosigamos. Con lo apuntado y transcrito ya tenemos bastantes elementos para captar la intención y el fruto del libro de Alcocer. La glosa en el siglo XX de la vida de un santo escrita nueve centurias atrás. Mas, en cuanto ese género literario es tangencial al menos a lo historiográfico, no podemos concluir que falsee la historia sin más. Ya hemos visto que su visión del monacato en esos tiempos no es idílica. Esa Edad Media «que no fue así», más que novelada en sus laustros por los monjes, al fin y al cabo siempre viviendo la tensión traída consigo por las exigencias de su vocación escatológica, lo ha sido desde fuera por los románticos de una y otra cuerda. Por los que simplificando llamaríamos reaccionarios, exultantes no sólo ante las catedrales sino también ante las cruzadas. Pero incluso por los progresistas. Recordemos esos historiadores liberales de nuestro derecho que veían el medievo constelado de libertades democráticas a través de las cortes y los fueros. Hasta esos católicos tradicionalistas que, abominando de la revolución industrial y el capitalismo decimonónico, llegaron a aprovechar a Marx en aras de su exaltación corporativista de los gremios de otrora. Por ejemplo, el movimiento intelectual en torno a los pintores benedictinos de Beuron partícipes de esa corriente. Es decir, que la Edad Media de dom Alcocer no es falsa. Es la de un ideal que existió, pero sin negar la realidad distinta que impidió su triunfo. Como el lastre terrenal obstaculiza el de los monjes de salirse del mundo en que han de vivir. ¿Por eso él no se conformó con la biografía y se desposó con la imaginación?

#### LA NOVELA DE LA INSPIRACIÓN VIVIENTE

*Despojos de amor* fue publicada, en su colección Mariposa, por la editorial madrileña Voluntad en 1926. Lleva el subtítulo de «novela sencilla». El colofón reza:

«Aquí termina la historia del príncipe Santa Flor. Silos, septiembre de 1925». Su encuadernación industrial tenía un grato acento de modernidad, el título en letra inglesa en un rectángulo blanco inscrito en un rombo de densa decoración geométrica. Consta el precio de tres pesetas y media. Se divide en seis capítulos, cada uno titulado con un verbo en infinitivo, a saber *nacer*, *mirar*, *buscar*, *hallar*, *temblar* y *morir*. Trescientas diez y nueve páginas en octavo. Se enumeran otros seis títulos de la colección, uno de ellos *La nueva cruzada infantil*, de Bordeaux, escritor al que nosotros aún hemos alcanzado a recomendar y elogiar en las sacristías del país vecino. Tiene interés el resto del elenco: *Vocaciones femeninas* de Emmanuel Soy, *La vendedora de encajes* de Vertiol, *Guerra sin cuartel* de Suárez Bravo, *Fáustula* de Ayscough, y *La novela de Josefina* de A. Bruyère. El 8 de agosto de 1933 volvió a aparecer haciendo el número setenta y dos<sup>73</sup> de «Lecturas para todos», que era el suplemento literario de la revista semanal «Jeromín». En tamaño folio<sup>74</sup>. Tiene una bonita portada en color de Cobos<sup>75</sup>, el príncipe protagonista a caballo, con la espada extendida hacia un castillo roquero en el fondo.

Entrando en el argumento, podemos anticipar encontrarnos ante un relato simbólico ni más ni menos que de la condición y el destino del hombre. Por eso el autor, acaso no intencionadamente, lo califica al principio de una «historia

<sup>73</sup> El número anterior es *Ben-Hur*, y el primero de Fernán Caballero. También están *El Señor de Bembibre*, Walter Scott, Stevenson, Bulwer Lytton, Mayne Reid, Rider Haggard, Ballantyne, o sea los consabidos clásicos de historia y aventura; representan el ámbito estrictamente católico *Fabiola*, Robert-Hugh Benson, Pierre l'Ermite, Javier de Maistre; españoles la Avellaneda, Wilkie Collins, Trueba y Cossío, Juan de Ariza, Muñoz y Pabón, Reyes Huertas, Pemán, el marqués de Lozoya, el padre Coloma; clásicos *tout court*, Cervantes, Dickens, Turguenev, Thackeray, Korolenko, Nodier, Vigny, Sandeau, George Elliot; y también Marion Crawford, Samuel Hopkins, Guy Boothby, Hugo Conway, Roberto W. Chambers, Enrique Conscience, mistress Gaskell, Mary Jhonston, Edward White y S.H. Adams, Carlota M. Braemé, Eugenie Marliett, Florencia Baecley, María Marcha, F.Enstey, M.H. Bradon, la baronesa de Brackel, Gustavo Almard, M. Rodziewiczowna, Clara de Chandeneux, Bret Harte, E. Marlitt. Un elenco para la reconstrucción del mundo de las lecturas de una cierta sociedad.

<sup>74</sup> Muy popularizado después de la guerra en «Novelas y cuentos», también de portadas muy atractivas, la mayoría de autores extranjeros, consecuencia de la proscripción de muchos de los españoles —queremos decir la personal, no la censura del texto—, un fenómeno paradójicamente coincidente con la prohibición de los rótulos y denominaciones cualesquiera en idiomas distintos del castellano.

<sup>75</sup> Que se reproduce en la contraportada con menos tintas y menos coloreada. En el texto, ilustraciones en negro: *Ato Roberto miraba fijamente con mucha fijeza en los ojos del príncipe: ¡Suelta, monje del infierno!: ...sentándose bajo el viejo laurel...; y con un rugir de gozo hundió el puñal: ...la reina permanecía sentada y acariciaba siempre al príncipe*. Un anuncio editorial, otro literario, y otro contra la epilepsia. En el reverso de la portada, bajo el epígrafe «resumen de la semana» hay una rúbrica de actualidad deportiva y otro de notas teatrales.

perpetua». El espacio es imaginario. El tiempo tiene el aroma de la Edad Media, pero sin poder concretarse más<sup>76</sup>. Sucede en el reino de Cralín y de Saravia, cuya geografía inventada se precisa lo bastante como para dar una sensación de realidad, buena lección a otros literatos que parten de un desprecio olímpico a las exigencias de ésta. Por ejemplo: *Días atrás estaba el príncipe de cacería por los montes y valles del Salinde, cerca de la abadía de Santa Columba, porque abundan mucho en venados aquellos montes. Tenían las vocerías por los altos de Tamba y de Bovia, y las armadas en el hondón de Ciso*. El ceremonial de la corte había sido promulgado por Fredi I, el Guerrero, el Magnífico, y se custodiaba escrito en letras azules y doradas.

Comienza con el recurso literario al viejo códice en que se ha encontrado la historia, «tirada por las plazas de la vida, escrita en un estilo demasiado simple, enterado el autor de las cosas que dice pero sin el arte de saberlas decir». Y este artificio no sólo aparece a guisa introductoria, sino que el estilo nos está recordando continuamente un manuscrito iluminado, infatigablemente pictórico y de miniatura, radicando ahí su encanto, como a la fuerza alguna debilidad. *En un principio, quise poner algunas notas —notitas breves— que concertaran las fechas y dieran noticias de personajes y lugares. También desistí; sí, desistí porque, leyendo más detenidamente esta historia, conocí a un cierto deán al que no me quisiera parecer. Es una debilidad, lo reconozco, pero padezco no sé qué complicado sobresalto supersticioso a la vista de tales deanes*. Esta alusión lo es al que el autor llama el Deán de Tabiga, polígrafo latino y cronista del reino en cuestión, Radicando la incompatibilidad entre uno y otro en no ser el deán más que eso, cronista y erudito, pero de la superficie, de los eventos y las fechas, sin llegar por lo tanto ni a historiador ni a novelista. Esta distinción, en la cual la novela insiste constantemente, nos puede recordar la hondura historiográfica de que hablábamos a propósito de la vida del santo de Silos, pese a su género netamente hagiográfico y por lo tanto edificante. Por esos aminos también nos iremos topando con las otras dicotomías entre lo altisonante que se queda fuera y lo cotidiano que calladamente se interioriza, la mera razón y el sentimiento más o menos en su lugar a su lado, hasta llegar a lo irracional incluso, que igualmente hace parte de la condición y el destino humanos

<sup>76</sup> Por ejemplo: *Y el día aquel, al terminar los divinos oficios del inclito soldado y confesor San Martín, cuando la reina salió de la capilla con las ilustres damas del cortejo [...]*

*diácono, logró tan gran sabiduría en toda suerte de artes y ciencias que compartía con el deán de Tabiga la admiración de Saravia y Carlín. Por esto la reina le sacó del monasterio y le nombró su secretario; y por esto la gente le llamaba Conde Capiscol, porque los maestros de capiscolías en las catedrales deben ser muy versados en letras*. Notemos el leísmo, nada extraño en un vallisoletano, lo mismo que en Francisco de Cossío por ejemplo. En cambio no enocentramos laísmo, que Cossío, nacido en Sepúlveda, sí tenía.

y sin haber de merecer siempre la valoración peyorativa inversa. Podemos evocar *Paz en la guerra*, la novela de Unamuno sobre el sitio de Bilbao del que él fue espectador en su infancia.

El destino a que hemos empezado refiriéndonos, los hados, se manifiestan en la novela de la manera más simbólica a que ésta llega, su elemento fantástico, no queremos decir el irreal en cuanto toda ella lo es en el sentido suplementario de estar también inventado sus marcos geográfico y cronológico. El argumento está hecho de la intersección de ese destino que escapa al hombre y de las voluntades humanas, las cuales acaban encarnando en la trama a través de los tres amigos distintos que rodean al protagonista a lo largo de todo el resto de la obra. Y en la segunda parte, extensamente proa al desenlace, se diría que la acción ahoga a las voluntades impulsoras de la misma, tomando su delantera, atropellándolas, cobrando por eso entonces literariamente más fuerza la trama.

*Y la razón de esto era que los unos querían que el rey fuera un guerrero; los otros querían que fuese jurisperito y letrado; mas el monje Ato Roberto del Salar, llamado el Conde Capiscol<sup>77</sup>, decía así al príncipe: —Príncipe querido, bueno es que el rey sepa de armas; también es bueno que conozca las reglas políticas por las cuales, según dicen los libros, se gobiernan los pueblos; pero no es conveniente en modo alguno que el rey sea guerrero, porque entonces pensará sólo en guerras; ni conviene tampoco que el rey lo estudie todo en los libros, porque la sabiduría más delicada consiste en leer los libros sin abrirlos, y porque, además, el mejor libro de los reyes es el que escriben con sudores y lágrimas en las ciudades y los campos las necesidades y dolores del pueblo. ¿Destino que escapa al hombre? Como veremos, no en las consecuencias que las actitudes ante él pueden implicar. Notemos la aparición en la admonición transcrita del ideal inquebrantable, siguiéndose un ineludible optimismo vital. Más adelante, en boca del mismo monje, encontramos este otro adoctrinamiento siempre exhortatorio: *Mi querido señor: Si os referís a una felicidad perfecta y sin dolor, en todo muy cumplida, os diré hoy lo que siempre os he dicho. Pero hay otra suerte de felicidad que se alcanza y se conserva con el dolor del esfuerzo, y que, sin embargo, es la dicha más alta que aquí podemos pretender, y está dicha se llama por otro nombre la**

*Y a este monje le llamaban así porque había sido conde del Salar, y por aquel tiempo estuvo en amores con una judía. Mas como los señores del Salar eran muy poderosos, no consintieron que su hijo se casara con ella. [...] Y este Roberto del Salar, aunque era muy joven y no quiso nunca pasar de diácono, logró tan gran sabiduría en toda suerte de artes y ciencias que compartía con el deán de Tabiga la admiración de Saravia y Carlin. Por esto la reina le sacó del monasterio y le nombró su secretario; y por esto la gente le llamaba Conde Capiscol, porquelos maestros de capiscolías en las catedrales deben ser muy versados en letras. Notemos el laísmo, nada extraño en un vallisoletano, lo mismo que en Francisco de Cossío por ejemplo. En cambio no eno encontramos laísmo, que Cossío, nacido en Sepúlveda, sí tenía.*

paz. Ahora bien, el milagro reposado de ventura que lleva ese nombre está siempre a nuestro alcance, porque nuestro Señor y Hermano Jesucristo lo trajo a la tierra, y por esto él decía: Mi paz os doy, mi paz os dejo. Y tampoco es menester buscarlo en las cosas de afuera; antes bien, es necesario buscarlo dentro de nosotros; porque las cosas de afuera no lo tienen, y en cambio, decía también el buen Maestro Nazareno: El reino de Dios está dentro de vosotros. ¿Y no podemos ver enunciado ahí, por el monje benedictino que lo ha escrito, el motivo determinante de su propia vocación claustral, y no pensando sencillamente en la coincidencia literal con la paz que sirve de lema a su familia religiosa?

Abundando en la estilística que decíamos, es una constante el lenguaje arcaico: *Y le puso en los labios una crucecita hecha con el hierro de las Santas Cadenas. Y esta crucecita se la diera, al despedirse, el Señor Apostólico de Roma.* En este lenguaje, correspondiéndose pintiparadamente a la misma métrica, se intercalan las que el autor llama trovas, quintillas, cuartetas y sextetas, alternando a veces los octo y tetrasílabos: *Cadena que así nos ata,/ que si nos suelta nos mata,/ y si nos mata vivimos/ vida do nunca sentimos/ quien el sentido desata,* y *La fortaleza nombrada/ está en los altos alcores/ de una cuesta,/ sobre una peña tajada,/ maciza toda d'amores./ muy bien puesta.*

Y recordamos el modernismo, coetáneo al fin y al cabo todavía del libro, en la predisposición también endémica a transfigurar lo concreto, lo material, lo geográfico: *Sin embargo, recordaba que, cuando estaba con su prometida, la estimaba casi tanto como a su bridón de Frisia, o a su sacre favorito.* Hasta llegar a la crueldad: *El halcón estaba con el pecho roto, con el pico abierto, y en el pico sangre de la pobre alondra. El príncipe lo miró unos instantes, lo tomó en sus manos, y le arrancó una pluma de las alas. El ayo movió la cabeza, pero nada dijo.*

El preciosismo no es sólo pictórico, sino también aromático: *Pero como los buenos vasallos deben siempre alegrarse con las alegrías de su rey, para darles con rapidez la buena nueva partieron del castillo cinco heraldos sobre cinco caballos. Las damáticas de los heraldos eran de oro y escarlata; los cinco caballos, todo blancos. Y habiendo de hacer duras jornadas, los cinco caballos, después de escogidos, estaban debidamente preparados. Los hombres del rey, los más prácticos, desde hacía días los habían acondicionado: en la cebada les echaban aguamieles, y les frotaban los remos con vino caliente, sahumado de menta, jengibre, saúco y acebo, porque es muy activa la secreta virtud de estas plantas. [...] Mientras los cinco heraldos salían del alcázar, veréis lo que ocurría en la cámara regia. Cinco doncellas nobles acicalaban al infante. Le lavaron con agua de nardo y de albiñas, ungieron su cuerpo en aceite de algalia, y en un anafe de plata tostaron los pañales al humo del benjuí y del estoraque y perfumaron los lienzos sutiles de lino.*

No hace falta por todo ello explicar el recurso a veces del autor a la descripción de una vidriera, un arte que se presta pintiparadamente, tanto como las dichas miniaturas de los códices, a esa manifestación imaginativa de su sensibilidad estética: *Entonces Dulce Luz no dijo nada; pero bajó la vista y se tió su rostro con matiz de rosa, y parecía muy verdaderamente la imagen de la bendita Santa Inés, la que está en el vitral del trascoro en la iglesia mayor de Carlin, porque suele ponerse también encendida con hermosos fuegos cuando por los vitrales entra el sol.* Y en otra ocasión y otro personaje: *Ato Roberto se quedó solo, y entonces recostóse en el sitial. La luz de colores daba en su rostro, que era pálido y fino, y Roberto, entornando los ojos, miraba en los vitrales la bella figura de la mártir cantora, Santa Cecilia, trazada con lucientes pedazos de azul, amarillo, verde y carmesí embutidos en ribetes de plomo, como las buenas vidrieras del maestro Ferrant.*

Estando puesto en razón que se llegue al esplendor procesional: *A la puerta del alcázar estaba un grupo de arqueros, de los famosos arqueros de la Guardia Roja establecida por Fredi, y que luego copiaron en Norelia y otros reinos. Cuando pasan por las calles de Carlin los quinientos arqueros en la procesión del Señor Corpus Christi, hasta los que ya somos ancianos sentimos que la vista y el corazón se nos alegran. Así nos alegrábamos en los días aquellos en que, siendo chicos, lanzábamos vítores a los arqueros, desde los porches del Estudio Menor, que estaba entonces junto a las casas del difunto Guido Alán.*

La abundancia de las metáforas<sup>78</sup> es una característica omnipresente, como sin parar estamos viendo. Notemos esta magistral encarnación pía de la figura: *Ahora bien, en estos días de nevadas tormentosas, cuando las familias rezan por los suyos que están de camino, Santa María, la de la alta ermita, hace una bella obra. Y he aquí lo que entonces sucede: Nuestra Señora deja al Niño Divino sentadito en el trono por temor del frío, sale de la ermita, baja de la cumbre, y pasa silenciosa por todas las casas donde se la invoca y donde se llora y donde se reza; en su tulipán blanco, la Virgen recoge lágrimas y oraciones de las madres, los hijos y esposas; luego se encamina otra vez*

<sup>78</sup> Aunque predominando, y a pesar del ambiente cultista del libro, la sencillez de las tales, que a veces nos recuerda vigorosamente la poesía y la canción populares. Por ejemplo, *la princesa parecía un jirón de arboles sobre la sierra de Santa Valburga cuando se pone el sol: [...] mientras los señores entraban y salían en la tienda de verde damasco, como las abejas entran y salen en su alcázar de oros; [...] Doña Luz vestía un brial espléndido de tisú de plata conreflejos suaves, como la caricia de la luz de luna; [...] la barca nueva de Tonín, el viejo Tonín, que si la veis en las aguas, os da gozo ver cómo se escurre y como se mueve, y como salta con más gentileza que una doncella cuando baila ante la iglesia en el día de la Santa Patrona; [...] a pesar de su alegría y de sus risas, tenía el puño de una espada donde se tiene el corazón; [...] así sucede con el hierro encendido, que cuanto más fuego tiene menos lo muestra, porque se pone blanco, como es de ver en las célebres forjas del Puntal, junto a la Puerta de los Herreros, en Carlin.*

a la cumbre, y por los senderos y puertos difíciles va derramando poquito a poco el tulipán blanco, y la nieve se derrite en aguas frías, y después los caminos y los puertos milagrosos quedan libres, porque cayeron sobre las nieves muchos amores y muchas lágrimas.

La novela empieza al nacer su protagonista, el príncipe de Carlín y Saravia, que deberá esperar a los veintitrés años para heredar el trono. Y que nace enfermo, pero sencillamente con «la enfermedad de la vida». Veamos en este diagnóstico, que en el relato está plenamente historiado y multiplicado, toda la fuerza del símbolo que a la vez es la entraña del argumento. Por cierto sin ninguna alusión al pecado original, que dada la concepción del libro no resulta necesaria. Hasta cierto punto podríamos decir que en él la dimensión sobrenatural sólo está latente, cual si se redujera a la versión de su consecuencia a ras de tierra.

Y esa «enfermedad de la vida» nos vuelve a hacer pensar en la vocación monástica<sup>79</sup>. ¿Ésta también su terapia? ¿Consistente acaso en neutralizarla por transitoria, en cuanto la esencia de su llamamiento es precisamente escatológica?

Volviendo a los augurios en torno a la cuna del recién nacido, el Hada Madrina promete la curación de su enfermedad de nacimiento gracias a una flor que deberá encontrar en el trance decisivo de la juventud el futuro soberano, y d la que desde luego ella será depositaria y custodia. Por eso se bautiza al niño con el nombre de Santa Flor.

Atrás ya hemos mencionado a Ato Roberto del Salar, monje noble de la abadía de Santa Columba. *La abadía de Santa Columba está en el Salinde, rodeada de valles, y cien monjes negros eran gobernados, en silencio pacífico, por el antiguo caballero cruzado y gran siervo de Dios, dom Alfán.* Ato será el preceptor del príncipe, con mucha complacencia de su madre viuda, la reina Hilberta. Pero llega un momento en que resulta necesario darle otras compañías, entre otras cosas en acata-

<sup>79</sup> Muy significativas son las senaciones del monje Ato al volver a su monasterio. Recordando las intrigas y las luchas de la corte, no le parecen sin embargo las más duras, pues «la lucha más fuerte la llevaba dentro: era el combate rudo de todos los instantes por defender su corazón cercado, y por defenderse del ángel de fuego que se monta en los lomos. [...] Entonces su espíritu parecía lastimado; lastimado de cansancio, de dolor y de miedo a su flaqueza; y sentía un deseo imponderado de verse en abrigo, entre los brazos de Dios. En aquellos momentos, la voz del chantre entonaba en el coro este versículo desgranado de un salmo: *Custodi nos Domine, ut pupillam oculi.* ¡Guárdanos, Señor, como la niña de tus ojos! Y los cien monjes negros respondían: *Sub umbra alarum tuarum, protege nos.* Ampáranos bajo la sombra de tus alas. Y sucedía que Roberto conocía muy bien estas palabras, porque tenía que recitarlas todas las noches en el rezo del oficio; y también en aquel coro donde cantaban ahora los cien monjes, él las había cantado diariamente en otros tiempos. Sin embargo, en los oídos de Roberto sonaban hoy como palabras de noticias nuevas».



miento al entramado de los intereses y al equilibrio entre los grupos de la corte. Y así se le facilita la amistad de tres jóvenes muy diversos entre sí, del placer refinado a la brutalidad espontánea, de la franqueza desbordada al retorcimiento introvertido. Son Alai Jordán, Enrico de Taiffén, y Guido de San Oal de la caballería de Lis y paborde de Aminor. Este último es pagano.

En uno de sus desvíos, Santa Flor visita una granja donde hay un granado florido, y tiene un hijo con la nieta de un alfarero reputado, Juan de Trelde, el de Vanabra. Detengámonos en esta visión e interpretación del sentido del dolor en la vida, el mundo y el hombre: *Entonces el conde San Oal hablaba al príncipe las malas palabras de los autores del tiempo antiguo que fueron todos paganos, y que hablaron de impiedad y de burla sobre las cosas santas, porque no supieron que el dolor es muy bueno y muy santo, como es de ver en las flores, y en las pobrecitas mariposas, y en todas las cosas que hacen algo bueno. Porque las plantas sufren muchos dolores del invierno, y luego se rompen los bracitos delicados de la planta, y la herida se hincha, y forma un brote lleno de hojas arrugadas que, por estar tan arrugadas, padecen; y todos estos son los dolores de las plantas, y porque son dolores necesarios, son dolores buenos; mas después brota la rosa, y la planta se consuela porque triunfa; y entonces se ve que todos los dolores de las plantas son muy santos porque se ordenan al triunfo perenne que encierra la semilla de la rosa. Lo mismo sucede también con los dolores del gusano mientras se transforma en mariposa. Y, finalmente, todo lo que más vale en este mundo, todo se produce con dolores, y en especial todas las cosas que, como las flores, las mariposas, los hijos, se ordenan a la perpetuidad y a lo eterno. Y así el dolor es como engendrador de triunfo, y triunfo de eternidad.*

Santa Flor recibe la visita del vecino rey de Norelia, Gustavo, en la campa fronteriza de Madinán. Al monarca le acompaña su hija Dulce Luz<sup>80</sup>. El príncipe se casa con ella, pero sin llegar a estar enamorado. Naturalmente se aprovecha la ocasión de describir la boda, aunque como siempre a una manera más bien impresionista, eludiendo el naturalismo del detalle y sin proponerse ninguna pretensión de exhaustividad: *Porque Dulce Luz iba vestida muy ricamente con telas greciscas<sup>81</sup> tejidas con oro. Por esto, una moza de la campa, al ver el manto y el brial de la princesa, decía: «¡Madre, qué hermosura! ¡Lo mismo, lo mismo que la casulla aquella del obispo dom Bernardo cuando estuvo en Izarán!». Y esto que decía la moza de la*

<sup>80</sup> Al fin y al cabo en el retrato del protagonista se advierte una cierta decadencia aristocrática. Lo que se nos ocurre a propósito de esta misma ocasión, a saber: *Sin embargo, Santa Flor miraba todo aquello con mirada de cansancio, y sonreían de mala gana sus labios bermejos. Y Santa Flor estaba muy hermoso con su armadura bruñida y sobreveste azul bordada en oro.*

<sup>81</sup> Notemos el léxico de los documentos medievales castellanos que entonces el abad Serano estaba editando en Silos.

*campa era muy cierto, porque el obispo dom Bernardo tenía una rica casulla grecisca, que luego dejó al monasterio de Santa Columba, y es la que usa todavía el señor abad en la Asunción de Nuestra Señora, y en la Pascua Florida de Resurrección.*

Andando el tiempo, la esposa viaja al país del Hada Madrina, en busca de la flor donde está la salud de su marido, más allá de Trascorena sobre las costas del Mar Azul, en las Santas Islas. Y la obtiene. Notemos el acierto de esta asimilación en la realidad del elemento fantástico. A fin de cuentas, la planta milagrosamente medicinal se ha identificado de esa manera con el amor, al fin y al cabo de alguna manera al menos irracional también.

Pero Guido se enamora de ella, y en la fiesta de despedida que se le da, antes de partir para el nuevo destino que se le ha dado en la frontera, destierro evidente, tiene la osadía de declarársela públicamente. Entonces Santa Flor le desafía y le mata. Y a partir de ese episodio, el relato se despeña hacia el desenlace de la muerte del príncipe, a ras de tierra irredenta aunque no más allá. Merece la pena meditar en la última meditación del monje Ato con la que el libro termina, y que acaso pueda parecernos un poca dura. *¿La lección definitiva de la severidad del desengaño monástico célibe? El amor en las manos del hombre se abrasa, como en manos de fiebre se abrasan las flores. Por todo esto, lo mejor en la vida no es reir, ni llorar, ni pensar, ni amar, sino comprender. En aquellos momentos, en espesura de jazmines, cantaba un ruiseñor perdidamente quebrados contrapuntos, y el monje Ato Roberto del Salar, al que llamaron en la corte Conde Capiscol, escuchaba en la noche y comprendía una voz que nos habla y no suena.*

Y este secreto de dom Rafael de Alcozer, ¿no tiene también vigencia fuera de su clausura, y en un tiempo tan distinto del suyo, aunque no demasiado distante, cual éste nuestro?